

VICTORINA

Comedia musical

EVA HIBERNIA

*Pocos se atreven a ser quienes SON, a vivir su propia vida,
porque una mentira universal, inevitable, nos envuelve.*

Victorina Durán

Este texto quiere honrar el legado vital, creativo e intelectual de nuestro linaje femenino, silenciado, represaliado, arrinconado y tipificado. El poder normaliza y busca la homogeneidad de los individuos. Victorina Durán, artista polifacética, inspira este texto por ser un ejemplo de libertad. Abiertamente lesbiana, formó parte del Círculo Sáfico y del Liceo Femenino. Vivió en uno de los momentos más interesantes a nivel social, político y cultural de nuestro país, colaborando en una transformación que se vio aciagamente truncada, pero de la que podemos seguir aprendiendo. Victorina destaca por ser una de nuestras primeras escenógrafas y figurinistas. Trabajó de primera mano con las principales figuras de su momento. Este texto quiere ser, también, un canto de amor y de resistencia al arte del Teatro.

Gracias a todas las mujeres que fueron y se empeñaron en dejar una huella en la Historia, por pequeña que fuese. Son nuestras “ancestras” y sin ellas no podemos avanzar ni saber quiénes somos. Parte de nuestro trabajo es recuperar sus voces, soñarlas, dialogar con ellas.

Sinopsis: En un teatro, o quizás en el rastro madrileño, o quizás en un teatro abandonado que se ha convertido en un almacén de viejas escenografías, vestuarios, atrezzo, una muchacha, Querubín, está haciendo un inventario de objetos. De entre toda esa geografía de fantasmagorías que incluye a los espectadores, emerge un oso. El oso no es otra cosa que Victorina, quien también deambula por el mundo recuperando su memoria y recuperándose a través de ella y convocando a las personas y los sucesos que vuelven hacer de ella alguien vivo, deseante, luminoso.

A mi madre, Alicia Gil Martínez.

PERSONAJES:

VICTORINA

QUERUBÍN

*El escenario y el patio de butacas son el alegre laberinto de un rastro, geografía común de objetos que hermana los espacios. Querubín, subida en lo alto de una escalera de mano, porta un catalejo y un libro gordo que apoya en la cúspide de los travesaños, en el que apunta su inventario de objetos con alma.**

QUERUBÍN.- *(Leyendo, despacio, en el libro.)* Dos dragones... ¡Ay madre mía, ¡dónde estarán los dos dragones! *(Canturrea el cuplé de La Machicha al modo de la Fornarina, con alguna variación en la letra, mientras mira con el catalejo en busca de los dragones.)* Llevado por la fama de la Machicha/Don Procopio una noche se fue al Olimpia/El buen señor es un conquistador (bis)/Para gozar del baile fue Don Procopio/Armado de gemelos y telescopio/El buen señor es un conquistador (bis)/Al ver a las coristas medio desnudas/Decía don Procopio son pistonudas/Comprendo que estén locos, con la Machís/Es el baile que ahora está de moda allá en París/Todo lo que veía le entusiasmaba/Pero de los dragones no encuentro nada/¿dónde estarán?, qué tabarra me dan (bis)

Mientras, ha aparecido un Oso por el patio de butacas. El Oso baila al ritmo de la canción, se interesa por el abrigo de una señora del público, después fija su atención en unos abanicos, abre alguno y se abanica. En esa operación la sorprende Querubín.

QUERUBÍN.- ¡Eh usted, el Oso!, ¿se puede saber qué es eso de moverse por ahí tan libremente?

OSO.- Me han educado así.

QUERUBÍN.- ¡Y encima habla!

OSO.- Y soy catedrática de Indumentaria del Conservatorio Nacional de Música y Declamación.

Por cierto, bonito pantalón, ¿masculino o femenino?

QUERUBÍN.- Me parece una pregunta muy impertinente.

OSO.- Una pregunta mejor que sea impertinente que no impermeable, ¿no cree?

QUERUBÍN.- ¿Es que va a llover? ¡Ay que fastidio! (*Echa una caña de pescar y pesca el paraguas.*)

OSO.- Pues vamos a ver... ¿en qué estación estamos?

QUERUBÍN.- Cualquiera sabe, aquí tenemos de todo, desde trajes de baño a abrigos de visón.

OSO.- ¿Y el año? Porque hay años decididamente tormentosos. En 1899, por ejemplo, cayó una buena.

QUERUBÍN.- (*Buscando con el catalejo.*) ¿Ah sí, dónde?

OSO.- En casa de mi madre. ¡Nací yo! Figúrese, era un doce de noviembre y el siglo estaba a punto de acabar, ¿qué quiere?, iba a empezar el siglo XX solo 44 días después de mi nacimiento, la cosa estaba demasiado emocionante para no ser yo una niña inquieta. Sí, fui una buena pieza.

QUERUBÍN.- Claro que es una buena pieza, querido Oso, una pieza... diferente, por eso está aquí, entre las cosas del rastro. Pero no debe moverse, porque si a todos los cacharritos les da por irse de picos pardos ya sí que no va a haber manera de encontrar nada. ¡Y yo tengo mucho trabajo!

OSO.- Oh, pero nosotros no encontramos las cosas, son ellas las que nos llaman y nos eligen.

QUERUBÍN.- Las cosas no tienen voz, y si la tuvieron aquí sólo llegan las cosas rotas o que dejaron de ser amadas, que más o menos es lo mismo. Mire, ¿ve? (*Da vueltas a un organillo. La música sale a trompicones, desarmónica.*)

OSO.- No, pero no es así, usted tiene que escuchar con perspectiva, con mundo, con la sorpresa de volver a descubrir el misterio de la existencia. Todo ha sido, pero todo es, y late, el alma de las cosas sigue latiendo, y en ellas hay muchas historias, las historias de las personas que fueron sus dueñas, en cada cosa hay un por qué, y la memoria se ofrece, encriptada, sí, pero dispuesta a nuestras manos, a que sepamos descifrarla y seguir jugando con ella. Escuche esa memoria mejor.

QUERUBÍN.- Para ser un oso manda usted más que un teniente coronel. (*Querubín vuelve a darle a la manivela. Se escucha, en voz de hombre "El paipay de Manila". El Oso cogerá un paipay y bailará y cantará, Querubín se sumará al número de variedades.*) "Las muchachas que están en

Manila llevan siempre en la mano un paipay, que el paipay en Manila se estila y en el malacay, ¡ay que se le cai! Y en los días de mucho calor en la plaza se pasa mejor. ¡Ay qué fresquito, quito, quito, ay, le da el paipay! ¡Ay qué biquito, quito, quito, ay, es el paipay! ¡Olé! (*Querubín aplaude y luego, confusa, hace como si quisiera quitarse polvo de las manos.*) ¡Bah! Estas cosas ya de viejas, son tontas.

OSO.- Mi abuela Encarnación era mi abuela y era sus cosas (*Menea una mecedora.*), que venían de tiempos donde la belleza era más importante que la función práctica. Y eso, muchacha, no es ninguna tontería. Porque la belleza es el alimento del alma. Mi abuela Encarnación reinaba desde la mecedora, mandaba sobre todas las cosas. Ya ninguna abuela quiere tener ni mecedoras, ni arrugas, y a ser posible prefieren irse de vacaciones a quedarse en casa. Mi abuela Encarnación también viajaba, pero los vientos que la movían a un lado y a otro de sus recuerdos y su imaginación los convocaba ella misma con... esto...

QUERUBÍN: ¡Abanicos! Creo que no tengo apuntado ninguno, ¡Oh, Dios mío, tengo mucho trabajo!

Los despliega, poco a poco, seducida por la voz de Oso, juega y danza con ellos pasando entre tres cajas de música que hacen girar a bailarinas de puntas, por ahora quietas. El cuplé del paipay se escucha ahora en un solo de violín nostálgico.

OSO: Varillas de marfil, de palo de rosa, de sándalo, de hueso, de nácar... Países con paisajes pintados en seda, en gasa, bordados, o calados con suntuosos encajes, recamados en oro, punteados de lentejuelas... Nena, me decía, míralos pero no los toques. El viento era solo para ella, ella aventaba un pensamiento elegante, o convocaba la dulce brisa que impulsaba las velas de un recuerdo enamorado, o el brioso aleteo de una pasión de nombre secreto... Yo la miraba y aprendía a viajar desde la mecedora con el abanico..., los hay pequeños como pichones de paloma, o grandes

pericones para lucir en un escenario. *(Comienza a dar cuerda a las bailarinas de las cajas de música. Todas las músicas, distintas, se solapan.)* Mi abuela Encarnación fue bailarina de puntas en el Teatro Real, también lo fue su madre, mi bisabuela, y también lo fue mi madre, su hija, aunque mamá odiaba el teatro. Yo aprendí a andar en la redondilla del Teatro Real, y aprendí a jugar en su guardarropía. Mis juguetes favoritos están allí. *(Un tocadiscos se pone a girar y se escucha “Celeste Aida”).* Los camellos de cartón, las pirámides brillantes de purpurina, y yo dirigiendo los ejércitos del faraón. Porque yo sabía mucho de cómo hablar a la tropa. Mi padre, que era teniente, en las tardes de invierno me llevaba a Rosales a enseñarme la instrucción militar, como a un soldado más. Izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda. Paso ligero ¡hop, hop, hop! Morales y Cifuentes, más vivos que nos están invadiendo Egipto. Sargento Bonilla tráigame a la esclava Aída para que me complazca yo con su belleza. Contemplar a las mujeres con glotonería también es una característica que saqué de mi papá, que ya de muy pequeña me llevó a ver cómo picaban los señores merluzos atraídos por la pícara caña de pescar de las cupletistas. ¡Sargento Bonilla póngame el peto de guerra! *(El Oso señala un arcón semiabierto. En un plis plás Querubín recoge un vestido de lentejuelas verde y lo ciñe al corpachón del oso.)* ¡Mis armas! *(Querubín le da la caña y después, ella misma, se adorna con chistera, guantes blancos, un bastón y unos binoculares con los que contempla y juega con el Oso-cupletista, quien interpreta una contrafacta de “La pulga sabia”. El disco en el gramófono gira.)* Hay un merluzo insolente/que ya me está molestando/porque no pica y se esconde/debajo de mi refajo/ Salta que salta va por mi traje/haciendo burla de mi pudor/su impertinencia me da coraje/y como logre pescarlo vivo/ para ese infame que me perturba/ para ese infame no habrá perdón.

QUERUBÍN Y OSO.- ¡No habrá perdón! ¡No habrá perdón!

OSO.- Este atildado merluzo/quiere picar el anzuelo/pero ser pasto de amores/provoca cierto canguelo/salta que salta va por mi escote/va boqueando con frenesí/de tan inquieto no hay quién le agote/y como logre pescarlo vivo/para ese impío que me mastur...conturba/para ese impío no habrá

perdón.

QUERUBÍN Y OSO.- ¡No habrá perdón! ¡No habrá perdón!

OSO.- Las delicias de la victoria sobre campos de sábanas y plumas la aprendí años más tarde, como es natural, pero siendo mocita adelanté acontecimientos, porque todos los artistas tenemos ese don premonitorio y plasmamos en inocentes juegos las grandes intuiciones sobre el sentido de la vida y su concreción más tangible, oséase: el placer.

QUERUBÍN.- Que me aspen si escuché a un Oso más docto en mi vida.

OSO.- Bah, lenguaraz, sólo lenguaraz. ¡Sargento Bonilla!

QUERUBÍN: Sí, mi teniente.

OSO: Usted será María, mi criada, tendrá 20 tímidos y tartamudos años, y a consecuencia del tifus estará calva. ¿Estamos cabo María?

QUERUBÍN: Sí, mi te, mi te... teniente.

OSO.- Como yo sólo tengo once años y un gran corazón voy a coger las tijeras del costurero y a raparme la cabeza como usted. ¿Estamos cabo María?

QUERUBÍN.- ¿Y qué...qué...van a decir su ma...madre y su a...sua...buela Encar...encarcar...nación, mi tete...teniente?

OSO.- Pondrán el grito en el cielo, como es su deber. Mientras, usted ha de contestarme a todo todo todo lo que se refiere sobre el mapa mundi del sexo. No puedo proteger Egipto de la invasión Etíope si no sé nada de las fuentes del Nilo, y hágame el favor de mostrarme el delta sin ponerse colorada.

QUERUBÍN.- Ni...ni...niña. De aquí no pa...pa...paso. Cu...cu...cuando seas grande lo sa...sa...sabrás to...todo.

OSO.- En fin, cabo María, gracias por enseñarme ciertos tocamientos que me serán muy útiles, no lo dudo. Con gran pena la licencio, váyase a su pueblo. Ahora volverá a entrar a mi servicio como la criada Rosa, tan robusta y llena de fuego que este verano, mientras los demás se echan la siesta, yo

me voy a la cocina con usted para mirarle los pechos y tocárselos. Desabotónese la blusa ¡ar!

QUERUBÍN.- Pero mi teniente, ¿qué diría su padre si entra y nos ve?

OSO.- Mi padre no siempre vive en esta casa, con nosotras, a veces siente la necesidad de airearse y se va a vivir a un hotel.

QUERUBÍN.- Caramba, en esta familia hay mucha ventolera.

OSO.- Y como consecuencia usted vendrá de Albendiego, provincia de Guadalajara, con su maletita de cartón y sus quince años a servir a nuestra singular casa. Yo, por mi parte solo tendré 12 años, pero un gran conocimiento del Nilo gracias a María y a Rosa. Por cierto que ahora, cabo, va a pasar a llamarse Jacinta. Un nombre liláceo con ojos radicales, curvas angostas, melena lustrosa, y unas semillas redondas, en la intimidad negras, y ya bastante alta y delgada sin duda porque pertenece usted a la familia de los asparagales, como sus primos los espárragos.

QUERUBÍN.- Nunca vi un oso más docto y con más mundo.

OSO.- La curiosidad, el trato con personas fascinantes y la magna universidad del rastro me han hecho así. Ven, que te ayudo a secar los platos.

QUERUBÍN.- Pero sin romperlos, mi teniente, que a usted siempre le gusta farandulear y luego tenemos un disgusto.

OSO.- Has de comprender, Jacinta querida, que el placer sin poesía no es nada. Epilepsia a lo sumo. Y la vida sin placer no es nada tampoco. Tiempo a lo sumo. Un lapso entre “qué se yo” y “vaya usted a saber”. Pues menudo despropósito. Por eso, si hay un propósito en esta vida es que el placer sea una cumbre que se alcanza a través de la poesía. ¿Lo entiendes, cabo Jacinta?

QUERUBÍN.- Más o menos.

OSO.- Pongámonos en modo empírico, que no hay nada como la experiencia para integrar el conocimiento abstracto. ¿Qué es esto?

QUERUBÍN.- Un plato.

OSO.- ¿Y por qué va a ser un plato cuando puede ser la luna? Anda, aúpate al camello y cuelga el

plato del techo. ¿Ves? La luna llena.

QUERUBÍN.- ¡Cómo brilla! Con razón lo dicen en la radio que el jabón Lagarto es el mejor para la loza.

OSO.- Jacinta, hija, que nuestra luna no es de loza, es de porcelana, y aún más, es de nácar, y aún más, ¡de luna lunera cascabelera! Ponte unos cascabelillos en los pies, anda, que yo me pondré un cinturón con su alfanje de plata. Ponte un velo tejido por la sutil tarántula del desierto, que yo me pondré unos bombachos y un fez y unas babuchas...

QUERUBÍN.- Yo velo así, tan especial, no veo ninguno.

OSO.- Pues envuélvete en una sábana. ¿Para qué ha de ser una sábana si puede ser tus suntuosas galas de esclava? Que insinuante estás, Jacinta, pareces un espejismo, pareces un oasis de leche y miel en medio de la sed de Madrid. ¿No debería yo, como pobre moro que soy, volverme loco de amores y componerte unos cien mil versos?

QUERUBÍN.- Bueno, pero bajito, que como su madre vea que no estamos arreando con la vajilla nos va a echar una buena filípica.

OSO.- A ver, que canten las cítaras del desierto. Bueno, no sé si tenemos de eso. ¡Ah, ya sé! El espectáculo de moda, la sensación de Madrid. Jacinta, tú y yo haremos de este comedor el Teatro Eslava, ¡que Julita Fons nos inspire!

Cantan una contrafacta de La Corte del Faraón, el diálogo entre Lota y José.

OSO.- ¡Qué inocencia tan hermosa!/No se encuentra esclava así/Una chica tan honesta/yo quisiera para mí.

QUERUBÍN.- ¿Para usted, mi teniente moro?

OSO.- Para mí/Porque yo, como tú, soy así/un clarín/del amor/y es amor/lo que te voy a dar/Porque creo/que el amor debe ser cosa rica/ay bonica/debe ser un bichito que pica/Un bichito que da un

hormiguelo/sin saber en el sitio en que está/y que enciende en el alma un deseo/que fatigas de muerte nos da.

QUERUBÍN.- Yo no sé/que será/de estas cosas no entiendo ni pá/Por favor/gran señor/no se acerque porque da calor.

OSO.- Déjame que te diga dulces palabras/déjame que te ciña con dulces lazos/que a tus ojazos los mire y mire/y de amor la corona formen mis brazos.

QUERUBÍN.- Déjame por Osiris, porque me azoras/déjame por el Ibis y por el Anubis/soy una esclava trabajadora/no está bien que me toques el pubis.

OSO: Qué más da/ ¿quieres tú?

QUERUBÍN.- Sí que quiero pero es/tabú.

OSO.- Ay mujer/ qué va a ser/pues la flor misteriosa del loto/nos da gran placer.

QUERUBÍN.- Ahora viene cuando me rapta un caballero español¡ Ay, ay, socorro!

OSO.- Y ahora yo te busco por toda la casa, descuartizo al caballero (*Desvientra un almohadón y las plumas caen en derredor de Querubín.*), por feo, por gordo y por santurrón... y te rescato. ¡Oh cabo, así rodeada de plumas pareces un ángel!

QUERUBÍN.- Bueno, me llamo Querubín, pero ya no quiero ser más un angelote, ahora tengo mucho trabajo, así que Oso, quédese callado si pretende ser una cosa que yo ahora le busco en la lista, y si no está le apunto igual. Pero primero tengo que encontrar a los dos dragones... ¿dónde se habrán metido los dos dragones?

OSO.- Querubín... qué nombre tan original. (*Canturrea el área de Querubino de Las Bodas de Fígaro*) “Voi che sapete che cosa è amor, donne, vedete s'io l'ho nel cor.”

QUERUBÍN.- Nunca vi Oso más docto y bien timbrado.

OSO.- Permitid que os entregue mi cabeza. Es un trofeo que merecís. Hacía tiempo que no la perdía por nadie y me ha dado mucho gusto volver a sentir esta vieja y caliente emoción. Ah, Venus querida, Diosa que siempre estuviste disponible para mí. Guardabas la mesita del recibidor de casa

desde tu forma de estatuilla de mármol blanco, desnuda, acostada, apoyada indolente sobre el brazo derecho, magníficamente griega y por eso, eterna. Y yo desde mis cuatro años me ponía en puntillas para poder vislumbrarte, para pasar mi manita por tus curvas tan serenamente sensuales. Luego crecí, poco a poco, cada vez te veía mejor, te sentía mejor, te dibujaba, oh sí, te dibujé mil veces para reverenciarte y te diste a mí en muchas formas. Qué afortunada soy de volver a ser cazada por ti. Rebáneme el cuello, Querubín, sin contemplaciones. Tome mi alfanje de plata...

QUERUBÍN.- Es una madera forrada de papel de alum...

OSO-. No querrá sangre aparatosa y real, ¿recuerda? La vida se debe a la poesía, hágalo teatralmente y lo hará bien, bellamente y con sentido.

Querubín le rebana la cabeza de oso y aparece la cabeza de Victorina.

QUERUBÍN.- ¡Pero si tiene otra cabeza, una cabeza de mujer ahí debajo! Querida señora, ¿se la había zampado la bestia?

VICTORINA.- Querubín, ángel mío, ¿de verdad creía que yo era un oso?

QUERUBÍN.- Soy muy ingenua, no distingo, he aprendido todo lo que sé a la luz de las candilejas y no distingo. Imagine que no soy capaz de encontrar dos dragones en este follón, ¿y ahora dónde he dejado el libro?

VICTORINA.- ¡Pero cuánta pesadumbre en su gesto, Querubín, qué bonita, actúa usted como un histrión de antaño! (*Aplaudes, Querubín saluda.*) Pero no hay para tanto. Yo contenta de por fin haber pasado inadvertida. Este traje de oso se lo pedí a Margarita Xirgu para unos carnavales. Los carnavales del viejo Madrid eran la cosa más divertida del mundo. Y los que organizamos en el Lyceum femenino más. Pero a mí me reconocía todo el mundo, no sé por qué. Se ve que tengo una estampa inconfundible. Así que pensé, de oso no me reconoce ni la Madre Naturaleza. Y nada más entrar al baile me saludan ¡hola Victorina!

QUERUBÍN.- (*Consultando en el libro mientras la otra se quita el traje de oso.*) Victorina, Victorina, Victorina... ver expedientes. Expediente de depuración de Victorina Durán Cebrián, 4 de marzo de 1965, nota sin firma: esta señora, roja cien por cien, amiga de Azaña, de la Xirgu, escapada con ésta al extranjero, ejém, ejém... que lo pasó muy bien en Buenos aires y ahora ejém ejém... pregunta inocente cuál es su situación, ejém, ejém.

VICTORINA: ¿Pues qué situación voy a tener a estas alturas? Post mortem, in escasa memoriam, y como siempre, pero ssshhh, que nadie lo sepa, ¡ad aeternam gloria del rastro!, pasea que pasea, porque si yo no deambulo entre las cosas que van y vienen, si no las miro y las rescato de su aparente sopor, si no les pregunto ¿cuál es tu historia?, habla, yo te escucho, ¿quién lo hará por mí? Por mí y por todos mis compañeros. ¿Jugamos? Tú te la quedas.

Querubín se lanza a correr y va pillando cosas de aquí y de allí.

QUERUBÍN.- ¡Un cortaplumas sin filo y con el nácar de la culata roto!

VICTORINA.- Oh, era de mi padre, don José Durán, el hombre más extraordinario que he conocido. (*Querubín se lo da.*) Lo tenía sobre la mesa de su despacho, y yo me subía a sus rodillas y quería jugar con él. Un día lo tiró al cubo de la basura pero yo lo recogí y lo metí en mi estuche de pintora. ¡Lo que me costó entrar en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, sudé tinta china y trementina, porque trementino examen que tuve que pasar. Pero allí estaba yo, al fin, mi primer día en la clase de Yesos y Ropajes, figúrate que la habían creado especialmente para que la impartiera Julio Romero de Torres. ¡Dibujo al carbón! Nos pidió Romero de Torres mostrándonos como modelo una mujer con mantón negro...

QUERUBÍN.- (*Murmurando, mira en el libro y acto seguido corre y busca.*) Mantón negro, mantón negro...

VICTORINA.- Yo saqué mi navajita, afilé el carboncillo, y así debutamos los dos, Romero de

Torres como profesor y yo como alumna, y el cortaplumas como un instrumento que era solicitado aquí y allá por mis compañeros. Ey, préstame esa cosa, me pedía Maruja Mallo, y Rosa Chacel, y Gregorio Prieto, y Dalí que apareció un buen día caracterizado de pintor, con patillas largas y boina, y se negaba a copiar los modelos. Ay, mi precioso cortaplumas, nuestro querido cacharrito mellado por el que tantas manos han pasado. Yo te libero del olvido y la muerte. ¡Salvado!

QUERUBÍN.- ¡Mantón negro!

VICTORINA.- ¡Pero si es el de mi tía Manuela! Mi tía la sobrenatural, la que aburría a mi abuela Encarnación (*Mueve la mecedora.*) hacía troncharse de risa a mi madre (*Pone a la bailarina en movimiento.*) y a mí... me fascinaba... (*Se cubre con la mantilla. Al hacer de Manuela tiene un acento raro, entre argentino y andaluz.*) ¡Victorina, Victorina, nenaaaa! ¿por qué tienes esa cara de fastidio?, ¿te duelen las muelas?

QUERUBÍN-VICTORINA.- Ay tía, que va, que he tenido que decirle a Felipe, a José y a Pedrocho que nuestros respectivos noviazgos han acabado, y llevo una mañana de escenitas que ni en un melodramón de Echegaray. ¡Victoriana, la vida me quitas! ¡Victorina yo por tus ojos muero! Y tralarí tralará...

VICTORINA-MANUELA.- Victorina, mi espíritu protector se está manifestando, anda, ponme una copita de anisete, que ya sabes que le gusta el dulce.

QUERUBÍN-VICTORINA.- ¿No querrá también una rosquilla para acompañar?

VICTORINA-MANUELA.- Ea, dice que sí. Ay pichona, ay pichona. Tres novios a la vez. ¿Pero qué matemáticas son esas?

QUERUBÍN-VICTORINA.- Es que los chicos de uno en uno son un aburrimiento.

VICTORINA-MANUELA.- Pero es que tú de tres en tres y cada semana cambio de tercio. ¡Qué genes tienes, criatura! Que dice mi espíritu protector que te andes con ojo, porque ahora estos son un críos y unos pánfilos, pero que como te toque un “obcecao” que te haga un gualinche..., la llevas clara.

QUERUBÍN-VICTORINA.- ¿Qué es un gualinche, tía?

VICTORINA-MANUELA.- Esto que te cuento es verdad de la buena, que lo he visto yo con mis propios ojos cuando estuve en Buenos Aires. Mira, mira, mira, se me pone la carne “toa” de gallina nada más recordarlo. Ponme otra copita para mi espíritu protector, anda, que lo que te voy a contar es muy grande. Un mocetón que llegó al conventillo, asturiano era, e ingeniero, todo cabeza, y ateo y científico, de esos que se ríen de “to”, y con mujer, una asturiana de ojos verdes, guapísima, y cuatro niños de mejillas como manzanas rojas. Bueno, pues lo miró una india que servía a otra familia, una mujer que era un garabato, vieja y retacona y que miraba así al bies, pues fue verlo y enamorarse del asturiano, que a ver se entiende, porque era un Adonis de no te menés, pero es que la india, puso una olla al fuego y preparó unos cocimientos de hierbas, que a saber qué puso allí pero el caso es que el resultado del hierve que hierve fue el gualinche, que tú dirás, pues será una tisana para aguantarse el ser tan fea, pues no Victorina no, el gualinche es un filtro de amor, y ahí tienes tú al asturiano, el de ¡viva el teleférico y el submarino y mi san Dios es Isaac Peral!, pues toda su ciencia no le valió para nada contra las artes del gualinche y dejó a su mujer y a sus cuatro hijos y a su brillante carrera y se fue detrás de la india aullando como un coyote y allá se perdieron los dos por la avenida Corrientes hasta salirse del mapa e internarse en vaya usted a saber qué espesura salvaje y llena de animales feroces y cantos espeluznantes. Así que Victorina, no enamores tanto.

QUERUBÍN-VICTORINA.- Pero tía Manuela, el amor es el eje de la carreta, y yo quiero andar muchos caminos... además, a mí no me importa tanto enamorar, sino admirar tanto a alguien que pueda yo enamorarme.

VICTORINA-MANUELA.- ¿Por eso le has secuestrado el niño Jesús al pobre San Antonio de tu abuela?

QUERUBÍN-VICTORINA.- ¿Otra vez han robado al niño? Eso ha sido alguna de mis amigas que necesitan milagros, o Pura o Felisa, no sé; la una está que rabia por tener novio y la otra está que

trina por los exámenes, no me digas cuál de las dos lo ha birlado.

VICTORINA-MANUELA.- Ese pobre niño Jesús parece un trombo, todo el día rodando por los cajones de tus amigas. Oye pichona, ponme otro sorbito de anisete que mi espíritu protector me está hablando... a ver, me dice que eres tú, no tus amigas... que algo tienes Victorina, una desazón, que te salen chispas por los ojos.

QUERUBÍN-VICTORINA.- ¡Y cómo quieres que esté, tía! ¿Sabes lo que es esto? (*Le enseña una cajita que la otra abre.*)

VICTORINA-MANUELA.- La colilla de un puro.

QUERUBÍN-VICTORINA.- Exacto, ¿y a qué huele?

VICTORINA-MANUELA.- Mal, a tabaco.

QUERUBÍN-VICTORINA.- Huele fatal. A ogro.

VICTORINA-MANUELA.- ¿A ogro?

QUERUBÍN-VICTORINA.- A ogro; un ogro guapísimo de feo que es, y listísimo de bobo que es, y poderosísimo, que me odia por ser mujer y querer estudiar en “su” Escuela. Ha dicho que ninguna mujer puede ser escultora o pintora. ¿Sabes lo que es tirar a matar?

VICTORINA-MANUELA.- No he tenido el gusto de practicarlo, pero en Buenos Aires...

QUERUBÍN-VICTORINA.- (*Le corta.*) Pues él se ha ensañado conmigo.

VICTORINA-MANUELA.- Hija, parece que lo dices con gusto.

QUERUBÍN-VICTORINA.- No dejaba de preguntarme cuestiones a cuál más difícil. Y yo en medio de la mirada del tribunal, desafiante, hermosa, las he contestado todas, todas... menos una. Una mala, una retorcida, una envenenada... una sobre la dinastía Ming.

VICTORINA-MANUELA.- ¿La dinastía qué?

QUERUBÍN-VICTORINA.- Ming. (*Pausa breve.*) Me ha matado con un Ming. Como comprenderás, no me ha quedado otro remedio que enamorarme.

VICTORINA-MANUELA.- Pues no lo comprendo, Victorina, este puro es de un señor que al

menos te lleva 25 años de diferencia.

QUERUBÍN-VICTORINA.- Y me toma en serio, como a un peligro, por eso voy a sus clases de oyente, no me he matriculado en su asignatura, no le voy a dar el poder de poder suspenderme. Pero no me callo ni una pregunta. A todas las respondo. Y eso le provoca más que un pecho desnudo. Claro que si me pregunta él, directamente, buscándome la yugular, me hago la coqueta y así, con mucho remangué le digo, “Profesor Doménech, no estoy matriculada”.

VICTORINA-MANUELA.- ¿Y él qué hace?

QUERUBÍN-VICTORINA.- Pues rendirse poco a poco a la evidencia de que por mucho que me odie como mujer entrometida me va a amar, a desear, a conquistar y a beber los vientos por mí precisamente por eso, porque soy inteligencia en cuerpo de mujer.

VICTORINA-MANUELA.- Ay Victorina, eso más que un romance parece un pulso entre titanes.

QUERUBÍN-VICTORINA.- Ya lo dice mamá, que en vez de una hija tiene un hombrecito en casa.

VICTORINA.- *(Se quita la mantilla y vuelve a adoptar su rol. Canta una contrafacta del Caballero de Gracia de La Gran Vía.)* Caballero de Safo me llaman/y efectivamente soy así/pues sabido es que a mí me conoce/por mis ocurrencias todo Madrid/Es verdad que soy lista y moderna/y hago lo que quiero sin disfraz/pues mi padre me dio/la llave del portal/y a nadie cuentas de mi vida he de dar.

QUERUBÍN (Coro).- De estas mujeres hablan los papeles...

VICTORINA.-Yo soy la muchacha que con más constancia/pinta, esculpe y sueña, charla, ama y ríe.

QUERUBÍN (Coro).- Que son anormales por ser talentosas...

VICTORINA.- Y disloco al siglo y a los credos más severos

QUERUBÍN (Coro).- Y por eso se las debe de encerrar, y callar, sin chistar, ¡chis, chis, chis!

VICTORINA.- Caballero de Safo me llaman/y efectivamente soy así/pues fundé un Lyceum femenino/que tiene admirado a todo Madrid/Tiene siete secciones...

QUERUBÍN (Coro).- ¡Y siete chimeneas!

VICTORINA.-...y gran poderío civil y judicial/pues queremos cambiar tantas cosas/que en España están muy mal...

QUERUBÍN.- De estas viragos nos alerta el doctor...

VICTORINA.- Somos las muchachas que con más empuje/hablan e intercambian, ríen, crean y discuten.

QUERUBÍN (Coro).- De tal Gregorio, tal Marañón, y de tanta maraña tanta confusión/ ¿serán buenas, serán malas, serán brujas, quiénes son?, ¿quiénes son, quiénes son?

VICTORINA.- Un montón. El año de la fundación del Lyceum, que fue el 1926, éramos 115 socias, y al año siguiente ya habíamos quintuplicado la cifra. Como decía mi tía Manuela, hija mía ¡qué matemáticas! Pues ya ves hay de todo en esos números. Abogadas...

Se inicia un juego en que Querubín tira sombreros de los años 20 al aire en dirección a Victorina, quien los coge y coloca en maniqués, en percheros, en objetos con vagas formas antropomórficas.

QUERUBÍN.- ¡Hop!

VICTORINA: (*Saludando al sombrero.*) Buenos días Victoria Kent, estás más Kent que nunca con este sombrero tan inglés. ¿Quién, Clara Campoamor y Matilde Huici? No han venido todavía, deben estar en el Congreso. Pero ¡mira quienes llegan por ahí cargadas de historias...! ¡Novelistas!

QUERUBÍN: ¡Hop, hop!

VICTORINA: Rosa Chacel, amiga, ¿traes las galeradas de “Estación de ida y vuelta” debajo del brazo? y Elena Fortún, otra vez con los dedos manchados de tinta, ¿en qué lío has metido esta vez a la pobre Celia?... y aquí llegan con el verbo en vilo... las ¡poetas!

QUERUBÍN: ¡Hop, hop, hop!

VICTORINA: Ernestina de Champourcín “¿Cómo huyen las islas? ¿A caballo del mar sobre frágil espuma?...”, Carmen Conde “Mi corazón irguió sus lirios y detuvo a los vientos que venían en grandes barcas” y mi Concha Méndez, “¿De qué tragal malherido te fueron a levantar, mi pobre ángel caído?”... y de detrás del telón, tejiendo voces, acuden...

QUERUBÍN: ¡Hop, hop!

VICTORINA: ¡Las dramaturgas!... por aquí vienen las riojanitas, las abnegadas María de la O Lejárraga “Servidora tiene muchas veces tentación de risa y no lo puede remediar” (*Se escucha una fresca carcajada.*) Dios santo, María de la O, parece que esa frase la pusiste a tu personaje pensando en mí; y la guapísima María Teresa León, ya sé, ya sé, mujer, “escribir es una enfermedad incurable...”, y las filósofas, ¡largo salto mortal para la funambulista del pensamiento...

QUERUBÍN.- (*Volteretas del sombrero.*) ¡Megarecontrarequetehoooooop!

VICTORINA.- ¡María Zambrano!: “El filósofo es el que no habiendo conseguido lo que Josué, detener el sol, sabiendo ya que el sol no se detiene, quiere adelantarse a su curso y así, si no logra pararle, logra, al menos, lo que es decisivo, ir delante.” Sin duda una ambición más seria no la hay, querida Zambranita, ¡y las actrices traen un sol de lentejuelas de todas las óperas y teatrillos de mi niñez para convocar otra luz y otro brillo, Josefina de la Torre, Margarita Xirgu y la Argentinita!

QUERUBÍN.- (*Vuelan sombreros dorados y con plumas y quedan cerca del plato-luna.*) ¡Hop, hop, hop!

VICTORINA.- Y las pintoras Maruja Mallo y Matilde Calvo, “la princesa del dólar”.

QUERUBÍN.- ¡Hop, hop!

VICTORINA.- La oftalmóloga Elisa Soriano, la etnóloga Carmen Baroja, la filóloga María Goyri, la pedagoga y humanista María de Maeztu...

QUERUBÍN.- ¡Hop, hop, hop, hop! No sé si vamos a tener sombreros para tanto talento.

VICTORINA.- Pues que sean sin sombrero, pero con sus nombres de oro en la historia y sus nombres de tinta en los libros de texto, y sus nombre brillantes en las placas que nombran las calles

y las plazas, y sean sus nombres custodios de los colegios de esos niños que ojalá aprendan la historia entera de su país, y sean nombres mascarón de proa de teatros, bibliotecas, universidades y becas y todo lo que concierne al saber.

QUERUBÍN.- Amén. ¿Rezamos o tomamos el té?, porque estas cosas es mejor esperarlas sentada.

VICTORINA.- ¡Qué fino es el té!, ¿verdad?

QUERUBÍN.- Muy fino... y tonificante.

VICTORINA.- Ven, que lo tomaremos en estos cacharritos de la cacharrería de la calle Santiago. Cada vez que acompañaba a mi abuela Encarnación a comprar las cosas de la limpieza me asomaba a un barreño donde yacían los cacharritos de juguete dispuestos a vivir, a que yo cocinara en ellos sopas fantásticas, donde se mezclan y hierven las hierbas ancestrales que las mujeres conocen y quitan la fiebre paralizante que da la humillación por ser sólo un ángel del hogar, sin cuerpo, sin sexo, sin seso, sin verbo y sin potestad.

QUERUBÍN.- ¿Quién mezcló las hierbas del té hoy?

VICTORINA.- María Teresa León, que está empeñada en que adelantemos el reloj de España y por eso, aunque no sean las five o'clock, aquí estamos, de tertulia, a ver si conseguimos adelantar por la izquierda y llegamos alguna parte.

QUERUBÍN.- Compañeras, desde este primer sorbo ya os anuncio que creo que es prioridad en nuestros esfuerzos salvar a tantas españolas del feminicidio encubierto por el artículo 438 del código penal.

Coro de murmullo de mujeres.

VICTORINA.- Si, ricas, este primer sorbo está muy caliente pero tenemos que ponernos a ello, soplad, soplad. No puede ser que en España sea casi legal matar a la esposa... o un padre a su hija, si tiene menos de 23 años y un amante.

Coro de murmullo de mujeres.

QUERUBÍN.- Bastante nos lo endulzan ellos con sus buenas palabras, si digo feminicidio, y me pongo anacrónica, lo digo por algo. Este té hay que tomarlo amargo, señoras. Sabemos a ciencia cierta que en muchos casos no hay adulterio ninguno, total, el marido no tiene que presentar ninguna prueba, su palabra basta. Y ya que nuestro código penal valora un crimen, el asesinato contra una ciudadana, de manera irracional, casi exculpatoria, si esta valoración estuviera fundamentada en una patología moral equitativa las esposas podrían ejercer igual derecho de violencia. Y sin embargo, pobre de la mujer que ponga a la muerte como medida de distancia con su marido, aunque lo sorprendiera sodomizando al mismísimo Teniente Coronel de la Guardia Civil, que ya me diréis si no habría mejor testigo in situ del adulterio, sería acusada y condenada por parricidio.

Coro de murmullo de mujeres.

VICTORINA.- Para las socias sensibles a la acidez, puede que el argumento de Querubín les haya parecido un poco cargado de limón. Pero no es éste un té para enturbiar con una nube de leche, en eso estamos todas de acuerdo. Hay que ser claras y extirpar esta ley podrida. Señoras, en muchos diarios se nos ha insultado por reunirnos en esta casa, cuando cada una debería estar en la suya cuidando de sus hijos. Pues yo digo que también hemos de cuidarnos de nuestras hermanas, si no cuidamos las unas de las otras, ¿quién lo hará? Señoras, sobre cualquiera de nosotras se puede ejercer violencia porque somos la propiedad de un padre o de un marido. Este derecho de propiedad llevado hasta sus consecuencias más sangrientas tiene la indulgencia de nuestro sistema que sólo castiga con dos años de destierro en un radio de 25 kilómetros al asesino. Vamos, unas vacaciones por matar a la mujer. ¿Estamos todas dispuestas a beber este té hasta el fondo del vaso, nos cueste lo que nos cueste, nos llamen como nos llamen, aunque nos quemen el Lyceum, aunque nos increpen por la calle?

Coro de mujeres exaltadas.

QUERUBÍN.- ¡Bien! Que nuestras abogadas lideren la comisión que elevará al gobierno la petición de reforma de dicho artículo, ¿alguna iniciativa más sobre el tema?

VICTORINA.- Tiene la palabra nuestra primera corresponsal de guerra, Carmen de Burgos, que hoy nos visita.

Aplausos. Luz sobre un maniquí sin cabeza ni brazos. Querubín se pone detrás, se cala un sombrero y gesticula.

QUERUBÍN-CARMEN DE BURGOS.- Yo ya escribí sobre esta cuestión una novela corta y la titulé así, sin poesía alguna, “El artículo 438”. Señoras, la severa realidad está exigiendo de nosotras las virtudes que nos fueron vedadas: la virtud de la actividad, de la firmeza, la decisión e incluso, sí, de la dureza. Así, mis queridas virtuosas, apelo a la dureza de su estómago y el buen filtrado de sus riñones, ¿seguimos con el té del sufragio universal y el té de la legalización del divorcio?

Sonido de una cadena de water desaguando.

QUERUBÍN.- Dios mío, ¿qué es eso?

VICTORINA.- La Historia. Que llega. Se ha adelantado.

Pausa. Comienza a emerger la “Copla intrusa” de María Rodrigo y con ella un piano de cola escorado, como un barco encallado. La tapa está levantada y es muy brillante. Las teclas se mueven solas. De entre las tripas del piano emerge un vapor fantasmagórico. Querubín se semientierra bajo el piano, pero medio cuerpo aún se inclina ante el teclado, los brazos se mueven como lentas alas y los dedos digitan y pulsan las teclas invisibles del viento.

VICTORINA.- Mamá, ¿estás aquí?

QUERUBÍN.- Como todos los días, Victorina, a solas con la música, mi hermana murió, tu abuela Encarnación también se ha ido, tu padre, después de jugarse todo en el casino, le dio por mudarse al otro barrio, hasta tu amante el ogro hizo mutis por el foro, ¿recuerdas? y yo también me cansé y me

encaramé al otro lado de la luna para seguir tocando ya sin testigos... Victorina, te dejamos sola con tu alegría.

VICTORINA.- Los amigos me cuidan, mamá, trabajo mucho, dando clases y pintando en el estudio y después arreglando el mundo en el Lyceum y todas las noches voy al Teatro Español que me esperan Margarita y Cipriano y Federico, y después hay que seguir de tertulia hasta las tres de la madrugada...

QUERUBÍN.- Sí, sí, hija, tú andas por ahí llena de vida y de sueños, pero ya ves... ya ha llegado la hora, tu reloj despertador nos avisaba todas las mañanas, has de despertar, Victorina, has de despertar del sueño de la vida, y ahora una bomba y mañana muchas más, comienza el sueño de la muerte, anda ven a mi lado, en la cama, toquemos algo juntas para conjurar el miedo.

VICTORINA.- ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? ¿De qué hablábamos en todas las tertulias? Si las palabras nos unían, ¿por qué ahora todo se ha vuelto agresivo? Nuestros amigos empiezan a dividirse, derechas, izquierdas, y yo en medio de la soledad.

QUERUBÍN.- Ven, toquemos algo a cuatro manos. Toquemos el tiempo, siempre te has peleado con el tiempo, como tu padre que llegaba tarde a todos los sitios por ser no educado, sino él. Y tú igual, pero distinta, llegando siempre antes de que te esperasen por ser no correcta, sino tú. Ahora hay que callar, ahora no se trata de ser una misma sino de ser sombra, mira la hora en tu despertador, ya llegan las bombas otra vez.

VICTORINA.- No puedo tocar contigo, mamá. Ha venido a Madrid la viuda de mi hermano Miguel con sus cuatro hijos pequeños, ¿cómo los voy a dejar solos? Además, esta locura sólo puede ser cosa de días.

QUERUBÍN.- Mira la hora en tu despertador, hay que despertar a la pesadilla, no puedes zafarte, hoy un kilo de patatas para las diez personas que has metido en casa, ¿pero cómo las coceréis sin leña?

VICTORINA.- Quemando las fotografías del baúl, las hermosas fotos de los grandes actores...

QUERUBÍN.- Exacto, hay que quemar los sueños de bambalinas. Toca despertar a una pesadilla de fiebre y ametralladora, hay que purgar haber sido feliz, haber osado, haber osado se aplaca con cartilla de racionamiento y a fusilar.

VICTORINA.- Esto es una estupidez, ¿pero por qué van a fusilar a ese muchacho? Bueno, ¿y qué que sea falangista?, es un hombre, no un traje que luego se pueda remendar. Victoria Kent me ayudará a sacarlo de prisión, ya me ha ayudado con muchos.

QUERUBÍN.- Pero no podrás ayudarte con todos. En los dos bandos alguien intercede por un desgraciado, pero no podréis ayudar a todos. Mira tu reloj despertador, ya llegan las bombas, las pistolas en la madrugada, la cadena de hombres que se llevan a dar el paseíllo por el campo.

Suena un teléfono.

VICTORINA.- ¿Qué es eso?

QUERUBÍN.- La Historia. Ya llega. Cógelo, anda.

Victorina desprende una tecla negra del piano. La utiliza como un auricular de teléfono.

QUERUBÍN.- ¿Quién es?

VICTORINA.- No entendí bien, algo así como Filipuncio Estratoguen de Zuzuleto.

QUERUBÍN.- Es Federico. Dile que se vaya con la Xirgu.

VICTORINA.- ¿Federico?

Un disparo. Se rompe el plato que hacía de luna.

VICTORINA.- Han matado a la luna.

QUERUBÍN.- Pero, ¿no lo entiendes hija? ¿Cómo iban a dejar a la luna viva si podía ser un plato?

VICTORINA.- Han matado a la risa.

QUERUBÍN.- Claro. Mira, ha llegado una carta para ti. Ábrela.

VICTORINA.- *(Arranca una tecla blanca. Pasa los dedos por encima, como si leyera.)* Es de Margarita. Es un contrato para Buenos Aires, dice que me lleve a mi cuñada y a mis cuatro sobrinos.

QUERUBÍN.- Tienes buenas amigas. ¿Pero, qué harás? ¿No es una locura también marcharte? ¿Adónde podré escribirte yo, a dónde podré enviarte mi música, mi melancolía, mi espejo empañado de recuerdos?

Victorina se cubre la cabeza y el cuello con un echarpe en tonos grises y lirios en color violeta. Se arrebujá en su abrigo.

VICTORINA.- Escríbeme como a toda esa España que huye y se mete a pernoctar donde puede, escríbeme al Teatro Tal, fila segunda, número 4, y después a la carretera Pascual, cuneta de allí, bajo el árbol de allá, y después al barco Fulanito, bodega X, colchoneta Z, y después...

Porrazo en el piano. Querubín se levanta.

QUERUBÍN: Buenos Aires. Volver a empezar. ¡Toma mi catalejo!

Erguida sobre el piano Victorina otea el horizonte. Mientras Querubín toma un bastón, se pone unas barbas blancas, gafas redondas, capa amarronada, sombrero y todo aquello que caracteriza a Ramón María del Valle Inclán. Así ataviada montará sobre un cocodrilo.

VICTORINA.- Veo veo, ¿qué ves?, muchas cositas del derecho y del revés, las tazas de té donde seguiré bebiendo el té de los trasterrados con mis amigas Rosa Chacel y Elena Fortún, la escalera de caracol del Teatro Cervantes, que va a ser mi segunda casa y que me hará confundirme de tiempo, porque es una réplica exacta del Teatro de la Princesa, los muchos objetos con alma y bellos grabados que me esperan para que monte una tienda de antigüedades... que pronto fracasará, pues veo relucir el siguiente epitafio: el arte no es un negocio, para ganar dinero hay que vender empanadas y bocadillos. Voy a trabajar haciendo dibujos y figurines para la televisión también, y veo el barrio Armenio y hasta a un Swami indio, y bailarines rusos, y un azucarero donde meteré lápices de todos los colores para crear figurines en el Teatro Colón, teatro, teatro, teatro, yo te visto, yo te invento escenografías allá donde voy. Veo veo, veo mucho, veo extraño, a un señor, pero yo a

usted le conozco, esas barbas, ese porte, si es mi maestro de estética, mi amigo y confidente, don Ramón, ¿no estaba viajando yo a un futuro?

QUERUBÍN RAMÓN.- Peregrinas del mundo, de instante en instante, todas las almas aromarán como rosas.

VICTORINA.- ¡Don Ramón! ¡Eh, don Ramón!, aquí en el barco, soy Victorina...

QUERUBÍN RAMÓN.- Buenas y zantas tardes, Victorina, ah sí, eres tú, reconozco la alegría que te envuelve y el pañuelo que cubre tu cabeza, es el que te regalé.

VICTORINA.- ¿Pero qué hace usted por este abismo de tiempo y materia, y además montado en ese...

QUERUBÍN RAMÓN.- ¿Zaurio? Bueno, al principio pensé que era un tronco y me zenté, porque como decía mi aya, los hombrez leídos han de estar sentados. Pero luego ze puso en movimiento. Azombroso. Todo en el univerzo es azombroso. Zolo hay que zaber mirar, tener muchos ojoj. Ay, peregrina del mundo, zi miras con todos los ojos, amarás con todoz los corazones.

VICTORINA.- Don Ramón, ¿a dónde le lleva el saurio?

QUERUBÍN RAMÓN.- Zupongo que a eza estrella remota adonde los rayos de mi vida solar llegarán al cabo de muchos ziglos, para que mi ezipiritu pueda ver a la flecha partir del arco tenso, cuando ya se haya perdido en el mundo la memoria de este arquero. Entretanto, peregrino ziempre.

VICTORINA.- Peregrino por las cosas, usted me enseñó a verlas, a escucharlas, a sentirles el alma.

QUERUBÍN RAMÓN.- Pero Victorina, tú ya zabías, desde pequeña, porque las almas estéticas hacen su camino de perfección por el amor de todo lo creado. Yo zolo puse la autoridad de zer venerable y apoztólico.

VICTORINA.- Entonces, usted también continúa, anónimo, escondido, en la patria del rastro.

QUERUBÍN RAMÓN.- El raztro es la trasescena del mundo, el dezorden de lo que una vez fue y acazo servirá para una nueva función. No ze deje engañar Victorina, todaz estas cosas están quietas

porque están en movimiento en el vaivén de una obra que ahora se está representando en algún ziglo, en algún pellizco del tiempo.

VICTORINA.- Puede ser, porque yo ya no me siento muy Victorina, sino alguien que comienza a ser algo, un papel, un personaje, una idea, me voy deshaciendo a fuerza de ser puros recuerdos que se disgregan.

QUERUBÍN RAMÓN.- Lo mismo, pero al contrario, le ocurrió a Querubín cuando yo la rescaté.

VICTORINA.- ¡Ah! ¿Pero ustedes dos se conocían?

Querubín se quita la capa y queda, con las piernas desnudas, mitad ella, mitad don Ramón.

QUERUBÍN.- Cuando Don Ramón del Valle Inclán me encontró, yo era solo un pobre Querubín de un teatro de provincias. Había vivido muchos años en un costado del escenario, policromada y ribeteada en pan de oro. Desde allí observé dramas y comedias, tragedias, óperas y entremeses, y deseé fervientemente ser humana para ser múltiple, porque ser solo un Querubín espectador es aburrido. Entonces me desgajaron, no sé si por una bomba o porque todo era muy viejo, pero el caso es que fui a dar en el rastro. Allí él me encontró, me tomó entre sus manos, me sintió atentamente y glosó mi deseo escondido con tan ardientes palabras que me crecieron brazos, tronco, piernas, y me nacieron palabras de la boca y lágrimas en los ojos. Y ahora ¿qué hago? le pregunté. Tuya es la existencia, me dijo. Aquí está el libro de la vida, si quieres, escríbelo, yo lo estuve escribiendo un rato. Pero yo, ¿qué pongo? No es mi asunto, Querubín, pero un corazón capaz de amar todas las cosas sería un Universo. Ahora que ya eres humana, quizás quieras ser un Universo. Sí, dije yo. Y entonces pensé que una forma de amar todas las cosas sería registrarlas en el libro, darles el amor de la palabra, y así estaba yo hasta que apareciste tú, Victorina, que me has distraído de mi trabajo para que yo te entendiera y te amara y ahora estás a punto de transformarte en una cosa más entre mis manos. Pero yo soy muy ordenada y necesito encontrar primero a los dos dragones. Mira que no encontrar los dos dragones, ¿dónde se habrán metido los dichosos dragones?

VICTORINA.- Los tengo yo.

QUERUBÍN.- ¿Tú? Entonces es verdad que las cosas nos buscan. Por eso has venido.

VICTORINA.- Están aquí, enroscados el uno en el otro en esta boquilla de marfil.

QUERUBÍN.- ¡Qué pequeños! Nunca los imaginé así.

VICTORINA.- Te parecen pequeños porque aún no los comprendes. Si los miras con el ojo enamorado, el ojo del poeta, verás que son macho y hembra, que uno es más feroz que el otro, y que se buscan para fundirse y engendrar la resurrección y la vida eterna. Aquí es donde fumo mi último cigarrillo para despedir el día.

QUERUBÍN.- Así que tu alma eran los dragones. Entonces toma fuego, porque este será el último cigarrillo.

Pausa breve. Victorina fuma.

VICTORINA.- Han apagado un foco al fondo, y ahora otro... ¡Cuánta melancolía hay en las últimas palabras, el escenario nos vuelve por un momento grandes y después sombras.

QUERUBÍN.- Pero sombras peregrinas, peregrinas siempre.

VICTORINA.- Y parlanchinas.

QUERUBÍN.- Y cantarinas.

VICTORINA.- Eso es, por mí y por todos mis compañeros, yo os salvo del olvido, y que vengan de nuevo a matar la alegría si pueden. ¡Eh tú, el que lleva las luces, vuelve a encenderlo todo hasta que estalle! Querubín, ¿vamos juntas?

QUERUBÍN.- Para salir de escena, chicas, ¡a escena!

Se escucha tocado por una gran orquesta el cuplé de La Machicha, el gramófono gira más deprisa, los sombreros con plumas cabecean, las luces recobran su esplendor.

QUERUBÍN Y VICTORINA.- Llevado por la fama de la Machicha/Don Procopio una noche se fue al Olimpia/El buen señor es un conquistador (bis)/Para gozar del baile fue Don Procopio/Armado de gemelos y telescopio/El buen señor es un conquistador (bis) /Al ver a las coristas medio desnudas/Decía don Procopio son pistonudas/Comprendo que estén locos, con la Machís/Es el baile que ahora está de moda allá en París...

TELÓN RÁPIDO

** El universo de objetos que glosa Victorina es muy rico. Independientemente de cual sea la opción estética del montaje de la obra, indico aquí algunos objetos que están relacionados con la acción de la obra: maniquís de tronco, cajón con discos de vinilo, muebles de juguete y cacharritos de barro, sombreros de diferente tipo y entre ellos una resplandeciente chistera, pelucas, una sombrilla, un paraguas y un bastón, relojes, cuadros borrosos, vestidos exóticos, máscaras y antifaces, elementos escenográficos de la ópera. Aída, con mucha purpurina, un teatrino, abanicos, una mecedora, pasaportes, una mantilla negra.*